



Intelectuales, folletín y terror en las revistas chilenas del S. XIX: ¿Para quién escribo? ¿Quién lee?

MARINA ALVARADO
CORNEJO¹

Para quienes estudiamos el siglo XIX desde alguno de los ángulos que esta compleja centuria ofrece, resulta imprescindible recurrir a las fuentes bibliográficas de la época para comprenderlo. El contexto no deja de resultar difícil, ya sea por la distancia epocal que nos separa como por lo esquivas que resultan las fuentes de información. Es complicado, además, porque no siempre logramos identificar los diferentes enfoques

que se le otorgó a un mismo fenómeno; sin ir más lejos, este es el caso de la prensa del período, ya que bien podemos distinguir a sus productores, imprenta, espacios de distribución, etc., pero no sucede lo mismo cuando intentamos aproximarnos a los receptores de dichos medios. Roger Chartier (2005) ha demostrado que es factible reconstruir, varios siglos después, gracias a ciertas huellas y pistas, quiénes se encargaron de valorar y significar (o resignificar) los textos. Sin embargo, esta tarea nunca es fácil, y probablemente por las mismas preguntas que engloba y los problemas que surgen a propósito de las cuestiones primeras, es que sigue siendo un espacio cargado de intriga, ávido de ser explorado por quienes buscamos más trazas a través del tejido decimonónico. Es por ello que a través de este breve texto, interesa cuestionarnos por los tipos de intelectuales de mediados de siglo XIX de los cuales los periódicos autodenominados revistas dieron cuenta, ya sea a partir de los sujetos que allí publicaban (y lo que publicaban), como de la propuesta de lectura que dichos medios propusieron. Para esto, nos aproximaremos, en primer lugar, a la noción de intelectual mediante una discusión bibliográfica. A continuación, se revisará la importancia del

¹ Doctora en Literatura, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Académica de la Universidad Católica Silva Henríquez. Autora del libro *Revistas*

culturales chilenas de 1900 a 1920: legitimadoras del campo literario nacional (Santiago: Editorial Cuarto Propio).

folletín tanto para la prensa como para la articulación discursiva de los intelectuales, haciendo hincapié en el uso del “terror” como mecanismo de captación/instrucción de lectores.

¿CÓMO SE CONSTRUYE UN INTELLECTUAL?

Diversos estudiosos sobre la construcción del campo intelectual chileno en el 1800, como Pas, Subercaseaux, Poblete, entre los principales, consideran que esta esfera de la sociedad nacional es distinguible a partir de la década del 40, ya que, entre otros factores, sujetos de la talla de José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, Carlos Bello, los hermanos Guillermo y Alberto Blest Gana, solo por mencionar a algunos, alzaron discursos críticos que cuestionaban el presente del país tomando como eje problemático lo acontecido en la Colonia y, muy especialmente, con los del ala conservadora, señalados como los continuadores de dicha tradición. En 1868, Lastarria expuso su visión respecto de la producción literaria de los últimos 30 años, haciendo claras alusiones al plan del año 1838. Sobre esto, José Victorino planteó:

[...] atacar el pasado y preparar la regeneración en las ideas, en el sentimiento y en las costumbres [...] era un plan de guerra contra el poderoso espíritu que el sistema colonial inspiró a nuestra sociedad [...]. Pretendíamos reaccionar contra todo nuestro pasado social y político y fundar en nuevos intereses y en nuevas ideas nuestra futura civilización. (Como se citó en Subercaseaux, 1997, pp. 42-43)

Perseverar en cuestiones como el influjo de la Iglesia sobre el Estado era garante de retraso y obstáculo para el tan ansiado progreso pretendido entusiastamente por el sector liberal, organizado, precisamente, por

buena parte del grupo de intelectuales antes enunciados. La prensa se convirtió en la principal estrategia de difusión e ideologización. Domingo Arteaga Alemparte (1870), otro reconocido intelectual y publicista, se cuestionaba lo siguiente hacia 1870:

¿Qué es un diarista?”

- Pregunta difícil de ser contestada con precisión y pocas palabras.

¿Es un literato? ¿Es un publicista? ¿Es un político práctico o un economista? ¿Es un hombre de finanzas? El diarista es algo de todo eso a un mismo tiempo, y es más y menos que eso. (178)

La prensa, en definitiva, dio cuerpo al rol de los intelectuales en Chile. En acuerdo con lo planteado por Sol Serrano (1994), el papel de estos habría sido mediar la producción de los países distinguidos como modelos centrales y la sociedad local. Sobre esto mismo profundiza Juan Poblete (2009), quien explica que los intelectuales nacionales operaron como “traductores” de los proyectos de Francia, Inglaterra y Estados Unidos; con esto, Poblete no alude a la traducción idiomática, sino que a la adaptación y adopción ideológica de los presupuestos de dichos puntos neurálgicos de la realidad chilena. Eduardo Devés (1994) aporta también a este diálogo indicando que la comprensión del papel de los intelectuales es inseparable del proceso de modernización, indicando que ambos procesos (constitución de la esfera intelectual y modernización del país) corrieron de forma paralela y complementaria, ya que su propósito era la búsqueda de lo propio, desde dos perspectivas: la primera, como necesidad de transformar (progresar) y conocer (dar identidad); la segunda, como búsqueda de fuentes de inspiración para copiar y así establecer un pensamiento nacional propio.

Bajo este contexto de búsquedas y contradicciones, proliferaron las construcciones discursivas dicotómicas, verbigracia de una polarización que teñía a las instituciones y a quienes se desempeñaban en ellas, tales como: progreso/tradición; colonia/modernización; Iglesia/Estado; liberales/conservadores, entre las principales. Cada bando debía desplegar sus mejores herramientas para instruir y captar adeptos, siendo, para el caso del sector de Lastarria, el uso de la sección folletín, importada a la prensa chilena gracias a Domingo Faustino Sarmiento – junto a todas las posibilidades estilísticas propias del género–, una de las que mayor efecto produjo entre el público lector de la época.

ACERCAMIENTO AL TERROR EN EL SIGLO XIX

Pablo Ansolabehere en su trabajo “Reescrituras del Terror” (2014), explica que:

Civilización y Barbarie es la fórmula literaria y ensayística más exitosa del siglo XIX argentino [...]. Sin embargo, hay en este clásico de la literatura argentina otro término que se repite tanto o más que la exitosa fórmula. Me refiero a *terror*, concepto que Sarmiento considera clave para entender la política de la barbarie y ese gran enigma llamado Rosas. (2)

En el año 1840, Juan Domingo Faustino Sarmiento, el autor del *Facundo* al que la cita recién leída aludía, llegó a Chile por segunda vez producto del exilio desde su país natal. Esta segunda proscripción (“Los proscritos”) fue consecuencia de la férrea oposición del intelectual que formó parte de la llamada Generación del ‘37 en contra de Juan Manuel de Rosas, el “restaurador” federal. Una vez en el país, Sarmiento vio en

la prensa, medio que ya conocía bien en Buenos Aires, la posibilidad de continuar atacando a Rosas, y así lograr desde su sitio de residencia en Valparaíso, “incomodar” al restaurador y también aglutinar en torno a este proyecto a los demás exiliados argentinos residentes en el país.

Fue así como en el año 1842 Sarmiento hizo eco entre los intelectuales de Santiago de Chile gracias a su participación en los periódicos *La Revista de Valparaíso*, *El Museo de Ambas Américas* y *El Progreso*, entre los más conocidos –tanto es así que ni el mismo José Victorino Lastarria se pudo abstraer del nuevo formato periodístico que el trasandino introdujo en el país–.

A grandes rasgos, la inquietud cultural, las críticas de los intelectuales argentinos hacia la producción literaria en Chile y las posibilidades de transformar la arena política en un tema susceptible de ser abordado estéticamente, propiciaron que, también en 1842, Lastarria fundase *El Semanario de Santiago*. Este semanario había sido proyectado como una publicación cultural con particular preocupación en las letras, sin embargo, y por consejo de Andrés Bello, José Victorino debió incluir una amplia gama de temas, desde los clásicos ensayos historiográficos, hasta la transcripción de las sesiones del senado. Pero no fue hasta 1848, con *La Revista de Santiago*, que Lastarria logró su cometido, es decir, incorporar a escritores jóvenes que anteriormente no habían sido considerados.

De regreso con el terror, Sarmiento lo entendió y lo adoptó a la usanza de Montesquieu, según el mismo Ansolabehere aclara, pues en su tratamiento lo vinculó directamente con la clásica descripción del despotismo. De acuerdo con eso, las ideas de tirano, déspota, monstruo y bárbaro aluden a una misma cuestión, y todas ellas aparecen reiteradamente en el *Facundo*, el que –vale recordar– fue publicado por primera vez en Chile a partir del 2 de mayo de 1845 en el periódico *El Progreso* número

769, bajo la modalidad de folletín. Los escritores chilenos, por su parte, adoptaron y adaptaron el motivo del terror como alegoría destinada a syndicar los defectos del pasado colonial y de la ideología conservadora.

EL FOLLETÍN EN LA PRENSA CHILENA DESDE 1842

El folletín es popular y ampliamente reconocido y asociado al género narrativo. De hecho regularmente se le conoce como novela-folletín y va inserto dentro de un periódico cuya entrega es facsimilar –de allí que buena parte de los trabajos de investigación que lo abordan se concentren en este formato, el cual, vale recalcar, fue el tipo de publicación más popular de la época, pues funcionaba como la estrategia comercial más efectiva de una prensa que, en el caso chileno, hacia 1870, bien sabía manejar y fidelizar a los lectores de la época y atraer suscriptores para sobrevivir. La novela-folletín ofreció lo que escasamente es reconocido como tal, me refiero a la sección folletín, que no solo estaba destinada a la novela por entregas, sino también a otro tipo de textos, tales como, biografías, poemas largos y lo que actualmente entenderíamos como una columna cultural, antes escrita por reconocidos intelectuales del período que, gracias a la posibilidad otorgada por este espacio textual, abordaban temas que regularmente no se visitaban en las secciones consagradas que ya tenían dentro de otros periódicos. Es así como en la revista *El Museo*, de 1853, encontramos a Diego Barros Arana escribiendo sobre la literatura nacional bajo el seudónimo “Bálsamo”; y así como este caso, podemos

contar varios más que nos imponen el desafío permanente de la “autoría” y la seudonimia.

Respecto a la introducción de la sección folletín en los periódicos de Chile, del mismo modo en que ocurrió con las revistas culturales, recurriré a una cita del diario chileno *El Progreso*², de 1842, que pertenece a Juan Domingo Faustino Sarmiento, quien incluyó por primera vez dicha sección en la prensa local. Inspirado en lo que vio de la prensa parisina, el intelectual argentino señaló que “un buen folletín puede decidir de los destinos del mundo dando una nueva dirección a los espíritus” (como se citó en Laera 2003, p. 417), razón por la que en el primer número de dicho diario plantó las bases respecto del material escritural que allí se debía publicar.

En segundo lugar, traigo a colación a Alejandra Laera (2003) que, dentro del conjunto de géneros, tradiciones e ideologías literarias presentes en la organización nacional, menciona al folletín y lo presenta como una sección impulsada en Chile por Sarmiento, alcanzando un “aggiornamento [...] [que] no había alcanzado en la prensa rioplatense” (418). Esto se debe a que en la prensa argentina del XIX la principal función de esta sección fue difundir novelas, mientras en nuestro país, el folletín reunió una gran cantidad de material escritural, muy híbrido temática y estilísticamente hablando.

La prensa chilena, especialmente las revistas, vieron en esta sección una posibilidad cierta de crecimiento y expansión. Es por ello que distingo tres momentos dentro del progreso de la sección folletín en Chile. El primero –y, por supuesto, con la licencia sarmientina en 1842– está ligado directamente al periódico *El Progreso*, y se paseó entre la crónica social

² Sarmiento en Santiago de Chile fundó *El Progreso*, diario “de carácter político, comercial y literario”, y le sumará “El Heraldo Argentino”, un periódico creado con Vicente Fidel López para combatir a Rosas.

Además, en 1849, en Santiago de Chile, fundó y dirigió “La Crónica”, periódico semanal, político y literario, durante poco más de un año.

y lo que hoy distinguiríamos como columna de opinión, debido a los temas y el tono que estos textos tenían.

Un segundo momento lo reconocemos a partir de las publicaciones de 1850, las que vieron en la sección folletín la posibilidad de generar un capital que hacia dicha fecha les era esquivo: lectores específicos para las revistas, es decir, letrados que buscaban nutrirse intelectualmente, informarse y a la vez distanciarse de la noticia dura y las discusiones políticas sin estrategias. Es por esto que la revista otorga, tanto al lector como al productor, una crítica estetizada de la política, siendo la sección folletín el sitio propio para ello. Aquí es donde encontramos hacia 1870 una preocupación patente por promocionar el folletín, es decir, el proceso inicial de modernización de la prensa está sin dudas beneficiado por esta sección.

El tercer momento, posterior a 1880, presenta diversas extrañezas. En buena parte de las revistas en donde habitualmente la sección folletín estaba incluida y era llamada como tal, luego de este año y en consonancia con el inicio de la modernización de la prensa chilena, este tipo de texto, con las mismas técnicas constructivas, es decir, la entrega periódica del material, el uso del suspenso y fórmulas discursivas habituales como el “continuará”, sumado al tono reflexivo, dialógico y a los autores que lo practicaban, ya no llevó más el título de “folletín”. Las razones de esto, según lo indagado hasta ahora, se debería a lo siguiente: primero, a la preeminencia de la novela por entregas dentro de esta sección, la cual pasó a capitalizar el nombre; en segundo lugar, hacia fines del XIX, la palabra “folletín” comenzó a tener una connotación negativa, pues se le asociaba a pasquines políticos sin trascendencia y validez; finalmente, la sección folletín dio para varias manifestaciones discursivas, entre ellas, la columna de escritor como la entendemos desde inicios del siglo XX, lo

que hizo que nominar de una sola forma a “ese” espacio escritural resultara más confuso que orientador para el lector. En definitiva, como ya lo ha señalado agudamente Hernán Pas (2015), el folletín fue un mecanismo clave para educar a las recientemente alfabetizadas capas medias: “Estamos, indudablemente, ante la producción de literatura para el pueblo, de un consumo ‘popular’ de progresiva expansión, que interfiere o entra en colisión con los modos de producción y consumo de las élites letradas [...]” (46).

FOLLETÍN CHILENO Y TERROR

De regreso con el terror, nos preguntamos ahora sobre el modo en que la prensa chilena, puntualmente la sección folletín con toda la multiplicidad de tipos discursivos allí publicados, adoptó este tópico y bajo qué matices. Sobre esto es posible afirmar que, así como el folletín fue cambiando a medida que las circunstancias lo exigían, el terror también fue adoptando nuevos significados y participando de diferentes alegorías asociadas a la construcción de la Nación—como defiende Álvaro Fernández Bravo—.

En una primera instancia, los folletines aludieron al terror para hacer referencia al oscuro y represivo período colonial, marcado por la dominación europea y, sobre todo, por el retraso intelectual que “este mal trance” provocó en Chile y Sudamérica completa. Pese a no ser tema del presente ensayo, en relación a esto vale resaltar que fue gracias al tratamiento del enemigo—constante caracterizado como un déspota— que se alzó la figura del héroe. Desde 1845 encontramos, en periódicos nacionales tales como *La Patria*, diversos folletines biográficos que llevan títulos del tipo “Biografía del Jeneral (sic) San Martín acompañada de una noticia de su estado presente y otros documentos importantes”. En este contexto se comprende también el caso de *El Mosaico* de 1846, y el folletín

titulado “Imbecilidad-Intelijencia”, el cual plantea lo siguiente:

Estamos, en verdad, en los confines de ambos imperios. Detrás de nosotros los idiotas; delante de nosotros los hombres que piensan. Y en la tierra del pensamiento ¡cuantos climas adversos! Atmósferas demasiado vivas, donde se piensa demasiado pronto; - Atmósferas demasiado pesadas, donde se piensa demasiado tarde; frías rejiones donde vejetan los medios pensadores y los que casi no piensan. Los que piensan en todo y los que solo piensan en una cosa [...]. (s/d)

Los contrastes entre luz y sombra son también recurrentes, lo que hace inevitable recordar, aunque no se trate de un folletín, la novela *Don Guillermo* de Lastarria, que aborda la pugna entre liberales y conservadores, llamando a estos últimos de “espeluncos”. Este comentario nos lleva identificar el siguiente modo en que el terror apareció en los folletines, y que consistió precisamente en una modalidad que acentuaba la posición de los liberales. Ejemplo de esto es el texto “Movimiento i Progreso” de la revista *El Consejero del Pueblo* de 1850:

[en alusión al progreso] Enmudecida por hoi la política, complazámonos en ver en pocas líneas resumidos nuestros adelantos. Vemos cuan precioso es este tesoro y cuan bárbaras las manos que se atrevieron a romperlo en un momento de revuelta i de atentados contra la paz, a cuya sombra labra el arado [...]. (s/d)

Como se ve en el siguiente ejemplo, en 1860, puntualmente en *El Mosaico*, el terror como estrategia escritural orientada a dramatizar situaciones de despotismo o tiranía, se amplía hacia el tema de la censura:

[En referencia a la prensa gobernista o conservadora, esta] situación que obliga no solo a soportar las indignidades silenciosamente sufridas, sino lo que es más bochornoso i triste todavía a escuchar diariamente de los ecos prostituidos al favor [de] esas pesadas cantinelas con que no se teme insultar el decoro de todo un pueblo i burlar los sentimientos del hombre [...] Pero por fortuna los órganos del poder no son bastante grandes para ahogar con su voz destemplada i chillona los acentos lastimeros de la justicia herida: sí, *El Ferrocarril* i *El Comercio*, diarios enteramente vendidos al patrón que los sostiene, no son capaces por mucho que se presten a ser el asilo de todas las inteligencias viciadas por la codicia [...] y que hoy la prensa independiente tiene el coraje de pintar en toda su deformidad sin que la arredren ni los carcelazos ni las persecuciones. (s/d)

Otro caso que bien dialoga con el texto recién citado, corresponde al folletín titulado “Prensa chilena o Tío Blas *Mercurio*, Isidro *Voz de Chile* i Toribio *Ferrocarril*”, publicado en 1863 dentro del periódico político y literario *El Cóndor*, el cual relata lo siguiente:

Estoy ya con la pluma en la mano i en el deseo de teñir uno o dos pliegos de papel dándole la forma de artículos, pero heme aquí que me asaltan mil ideas [...] ¿me querrán imprimir? I en caso afirmativo ¿me querrán creer? I creyéndome ¿me querrán apalear? No es nada, un chichón o dos... ¡Esto último me incomoda! (s/d)

CONCLUSIONES

A lo largo de este ensayo, he intentado poner de relieve el valor y las características

del folletín como sección, así como la variedad de textos que en ella se publicaron. Al mismo tiempo –pues resulta muy pertinente a la hora de hablar sobre este formato– he aludido al proceso de inclusión de los periódicos conocidos como revistas culturales, a partir de 1842, subrayando que fueron introducidas al país por la Generación del 37, puntualmente por Sarmiento.

Por otro lado, debido a la gran repercusión que tuvo y continúa teniendo Sarmiento y su *Facundo*, entre los investigadores argentinos principalmente, llegamos a la categoría del terror, utilizada por el autor en su folletín publicado en Chile, y nos planteamos la pregunta sobre el lugar que tuvo esta estrategia entre los escritores locales.

Según este análisis, que incluyó una caracterización del proceso de desarrollo de la misma sección folletinesca dentro de la prensa chilena, podemos concluir que el folletín –en su amplitud y riqueza muy superior a la novela por entregas–, fue incorporado y practicado asiduamente por intelectuales y periódicos de tendencia liberal (como los citados en el tercer punto de este ensayo). Esto no significa que la prensa conservadora no se haya valido de la exquisitez del folletín para atraer lectores, pero fue en dicha pendiente periodística en que se importaron las novelas por entrega de Alejandro Dumas, siendo “El Collar de la Reina” una de las producciones más publicadas.

Por otro lado, el terror se sigue utilizando, conceptualmente, para aludir al despotismo y la tiranía, de allí que este evolucione de la mano con las preocupaciones de los agentes ocupados en configurar la nación, desde la oscura Colonia, pasando por el Imperialismo Europeo, el tiránico gobierno Conservador y todo lo que este implicó.

Finalmente, y a modo de proyección, sin duda que resulta tentador trabajar esta

categoría con las ya nombradas novelas *Don Guillermo* o *El Mendigo*.

Imagen de este ensayo: “El conejito”, de Celia Castro (1860-1930).

REFERENCIAS

Fuentes Primarias

“Imbecilidad- Inteligencia”, *El Mosaico* de 1846, s/d.

Diógenes, 1871, s/d.

“Movimiento i Progreso”. *El Consejero del Pueblo*. 1850, s/d.

“Prensa chilena o Tío Blas *Mercurio*, Isidro *Voz de Chile* i *Toribio Ferrocarril*”, *El Cóndor*, 1863, s/d.

Fuentes Críticas

Ansolabehere, P. (2014). “Reescrituras del Terror”. *Cuadernos LIRICO* [En línea], 10, Publicado el 15 marzo, URL: <http://journals.openedition.org/lirico/1705>; DOI: <https://doi.org/10.4000/lirico.1705>

Chartier, R. (2005). *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.

Devés, E. (1944). “El trabajo intelectual: ¿entre la modernización y la identidad?” *Proposiciones*, Santiago: Ediciones Sur.

Fernández, Á. (1997). “La frontera portátil: Nación y temporalidad en Lastarria y Sarmiento”. *Revista Iberoamericana*, volumen 63, números 178- 179, pp. 141-147.

Foucault, M. (1990). *¿Qué es un autor?* México: Universidad Autónoma de Tlaxcala.

Genette, G. (1989). *Palimpsestos. La Literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus.

Laera, A. (2003). “Géneros, tradiciones e ideologías literarias en la organización nacional”. *Historia Crítica de la Literatura Argentina. La Lucha de los Lenguajes*. Buenos Aires: Emecé Editores.

Pas, H. (2015). “La educación por el folletín: prácticas de lectura y escritura en la prensa latinoamericana del siglo XIX”. *Cuadernos americanos*, volumen 1, número 151, pp. 37-61.

Poblete, J., Katja C. Zeiter, y Werheim, M. (2013). “Andrés Bello y la lectura: Prácticas autorales y lectoras en el espacio público americano”, pp. 107-134.

Serrano, S. (1994). “Rol histórico de los intelectuales en Chile”. *Proposiciones*, Santiago: Ediciones Sur.

Subercaseaux, B. (1997). *Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile. Fin de Siglo: La época de Balmaceda. Tomo II*. Santiago: Editorial Universitaria.